

De sus pasiones vulgares.
 Honra a cubierto no hubo
 Ni hacienda o virtud que alcancen
 De su codicia o torpeza
 Con buena estrella a librarse.—
 No de otro modo sin freno
 Corriendo el potro salvaje
 Malogra en las rubias mieses
 Del labrador los afanes;
 Enturbia del manso río
 Los transparentes cristales;
 Huella y destroza las flores
 Más exquisitas del valle.

Si aquesto debió Topiltzin
 A cuanto mira delante
 En palacio en su familia
 Y afuera en todas las clases,
 Dél éstas imitan luego
 En proporciones más grandes
 La corrupción de que al cabo
 El reino entero hace alarde.
 Ni asilo contra ella fueron
 Los venerados teocalis
 Donde el fuego apagar dejan
 De su pudor las vestales.
 ¡Oh ceguedad inaudita!
 Pueblo infeliz, rey infame
 Que así corréis al abismo
 Abierto a vuestras maldades

El corazón de Topiltzin
 Disgusto mortal invade,
 Y distracción halla sólo
 En sus jardines y parques.
 En ellos, cabe una fuente
 Cuyo murmurio le place,
 Quedó un día, si dormido
 O si despierto, no sabe.
 A su intermediación, del bosque
 Llega en giros espirales
 Sobre las alas del viento
 Y con las suyas de esmalte,
 Buscando las florecillas
 Que guardan miel en el cáliz,
 Bello colibrí, del iris
 En sus colores imagen;
 Pero mostrando espolones
 Que en él hasta allí vió nadie.
 Consigo mismo irritado,
 Pues piensa en aquel instante
 Que su loca fantasía
 Engendra caprichos tales,
 Cierra sus ojos el rey,
 O bien los lleva a otra parte
 A la sazón que se allega
 Del limpio caño á la margen
 Con grandes astas de ciervo
 Liebre espantadiza y ágil;
 Y que del bosque a la entrada,
 Con blancas ropas talaes,

Se le aparece la sombra
Del astrólogo Huemantzin.

Privóse el rey de sentido,
Sin que al recobrarlo aclare
Si fueron estas visiones
Hijas del sueño o reales.

IV.

El hambre y la peste.—Quauhtli y Maxtlatin se rebelan.

En Tula por entonces de las aguas
Regía la estación:
Sin tregua en el espacio de cien días
Con sus noches llovió.

Tempestad y huracanes y granizo
Crecido y destructor,
A la lluvia tenaz su horrible furia
Mezclan en confusión.

Todo anegado fué, menos las cumbres
Que el pueblo coronó,
Arboles y animales flotar viendo
Desde allí con pavor.

Dique a sus cataratas pone el cielo
Al cabo, y el crespón
De las espesas nubes se desgarran
Y limpio brilla el sol.

Cuando la tierra en sus profundos senos
Las aguas absorvió,
Se hallaron sin hogar ni sementeras
Magnate y labrador.

Éste en vano en las húmedas montañas
Sulcos sin dilación
Apresta del maíz al amarillo
Grano que preservó.

Cual si hubiese agotado los tesoros
De ríos y vapor,
De sus lluvias el cielo más de un año
Niega a la tierra el don.

Suele oírse del trueno allá a lo lejos
La retumbante voz,
Y a esperar el chubasco alegres suben
Las gentes al peñol;

Mas la nube se aleja y, si de día
Insólito calor
Reina, noche con noche sus escarchas
Esparce el aquilón.

Secas las fuentes y la mies sin jugo
 Y el árbol sin verdor
 Quedan, y emigran a remotos campos
 El águila y coyotl.

En vano el pueblo en numerosos grupos,
 De víveres en pos,
 En los semblantes retratada el hambre,
 Acude a su señor.

¿Qué puede el rey más alto de la tierra
 Hacer por su nación
 Si ésta las plagas sufre que la envía
 La cólera de Dios?

Del trono mismo al pie la débil madre
 El cándido licor
 De sus pechos al niño dar no pudo
 Que en ellos expiró.

Tras el hambre, la peste las ciudades
 Convierte en panteón.
 ¡Cuán pocas vidas en el reino deja
 Su infatigable hoz!

¡Dichosos ¡ay! los que murieron antes
 De estos días de horror
 En que se pega al paladar la lengua
 Y estalla el corazón!

.....

Contra el rey, sus torpezas señalando,
 Su irreligión y horrible tiranía
 Cual causa de los males que sufría
 El pueblo, alzóse grito general.
 Y Maxtlatin y Quauhtli, que se han visto
 Casi arrojados con baldón del trono,
 Salen de Tula huyendo del encono
 De su enemigo y de la peste al par.

A Xalisco sus pasos enderezan
 Y en armas, al llegar, ponen su gente:
 Unen a sus dominios prontamente
 Varias provincias que de Tula son.
 De guerra el grito resonó en los campos,
 Y al arder las fogatas en la cumbre,
 De escuálidos labriegos muchedumbre
 Cerca de los rebeldes el pendón.

Topiltzin se acobarda, conociendo
 Que le será funesta la pelea;
 Pero con rico don se lisonjea
 De mantener la necesaria paz.
 Y, por esfera una esmeralda enorme
 Y la mesa y pared de oro macizo,
 Un juego de balón al punto hizo
 A sus diestros artífices labrar.

Con máquinas y mozos a millares
 Cuando acabada fué tal maravilla
 La envía a sus contrarios, y se humilla

El rey hasta pedirles su amistad.
 «¿A qué a Tula venís si larga seca
 Y el hambre y pestilencia asoladora
 Tienen mi reino convertido agora
 En asiento de muerte y soledad?»

Aquesta arenga al emisario enseña;
 Mas, del regalo viendo la valía
 Y el miedo femeníl de quien lo envía,
 La audacia del rebelde se aumentó.
 Jamás el oro la codicia apaga,
 Y antes bien la estimula y acrecienta;
 Ni la desdicha ni el peligro ahuyenta
 Quien acercarse viéndolos tembló.

Sin don alguno y con respuesta ambigua
 A la corte regresa el emisario:
 De Tula a poco el llano solitario
 Vió al enemigo ejército llegar.
 Y aunque éste, con salvajes alaridos
 Que amedrentada la ciudad escucha,
 A todo morador provoca a lucha,
 El débil rey le recibió de paz.

Plazo pidió para medir sus armas
 Con aquella irritada muchedumbre,
 Y se le concedió, por ser costumbre
 De improvisó jamás acometer.
 Y hacia Xalisco Quauhtli con su gente
 La vuelta al punto da, pues allí en vano

Buscara de maíz un solo grano
 Y fuente o pozo en que abreviar la sed.

Así del mar las encrespadas olas
 Su límite al besar playas adentro,
 Vuelven con rapidez al hondo centro
 Cuyos negros abismos nadie vió;
 Mas, al influjo de los astros, tornan
 A invadir la ribera al otro día.—
 Se han de llevar el cetro y monarquía
 Cual la olvidada red de un pescador.

V.

Topiltzin organiza su ejército.

El plazo concedido al rey de Tula
 Fué, según averiguo, de diez años,
 Y la ruda invasión de los rebeldes
 Causó de pronto en él plausible cambio.

El golpe de la afrenta que recibe
 A despertarle fué de su letargo,
 Y, conjurar queriendo los peligros,
 Al ocio y los placeres dió de mano.

Y no bien de sus tierras asoladas
 Aléjase el ejército contrario

Cual nube espesa de langosta en busca
De más fértil región y nuevos pastos;

Celoso de su reino y honra propia,
En la aplazada lid para salvarlos
Se apareja con sabias providencias
Y promulga decretos acertados.

De la ajustada tregua al pueblo impone
Y habilita a los pobres de su erario
Porque sesenta lunas de seguida
Labren todos la tierra sin descanso.

Cedióles la mitad de las cosechas
Y con el resto dellas hizo abasto
Para dar a sus tropas en los días
De la lucha el sustento necesario.

Y cuando vió provistos sus graneros
Y nueva mies en los alegres campos,
Y de tal bien al favorable influjo
Robustos y animosos sus vasallos;

Les llama el rey sin distinción de sexo
Y les hace labrar flexibles arcos,
La fuerte clava y lanza cimbradora,
El ancho escudo y penetrante dardo.

Acopiadas las armas, al servicio
Todo varón en Tula es convocado,

Y en el hogar se quedan solamente
Los enfermos, los niños, los ancianos.

De flecheros y honderos el monarca
Forma y adiestra numerosos cuadros;
Manda alzar parapetos y trincheras
Y él mismo en la labor pone la mano.

De los rebeldes con la inmensa hueste
Al acercarse el término del plazo,
En dos cuerpos su ejército divide
Y da a Huehuetnucatl del uno el mando.

Le hace avanzar con él hasta Tlahuica
A que dispute al invasor el paso,
Y con los nobles y el segundo cuerpo
El rey en Toltitlán queda a esperarlo.

Al aspecto marcial de las legiones
Renacer en su pecho el entusiasmo
Sintió Tecpancaltzin, que las arenga
Con débil voz, en Xóchitl apoyado.

Nuevo brío a la flor de los guerreros
Con saludo gentil y gesto blando
Infunde la arrogante favorita,
De belleza sin par, sol sin ocaso.

De vencer ó morir el noble intento
Abrigan en común pechos bizarros,